

## CAPITULO XV.

### SUMARIO.

Comunicaciones espíritas.—Sus inconvenientes.—Ellas no dependen de la voluntad de los vivientes que evocan á los difuntos.—Tampoco dependen de la voluntad de estos.—Mucho ménos tienen lugar por disposicion expresa de Dios.—Ni las almas de los muertos que están gozando de Dios, ni las de los que están purificándose de ciertas manchas, ni la de los réprobos, es creible que se comuniquen.—Mctivos que lo persuaden.

El sistema del espiritismo tiene tanto de repugnante á la razon, de absurdo, de extravagante y de ridículo, que apénas cabe en cerebros de mediana organizacion, concebir que haya quienes se dejen fascinar y hagan en sus idolátricas áras el sacrificio aun de la propia dignidad, sentimiento que nos es innato y de que no con-

sienten en despojarse los que ménos cuidan de su nombre, sino en último extremo.

Si los espíritus acuden á nuestro llamamiento cuando se nos antoja, sin otra condicion que poner en práctica el pantomímico rito de las evocaciones, resulta que la paz de los sepulcros depende de nuestros gustos, humores y caprichos; resulta que esas almas, de las que la voz universal del género humano dice que descansan al separarse del cuerpo, y á las que no hay uno solo de los vivientes que no desee que *la tierra les sea leve*, y descansen tranquilas en las regiones que van á habitar, *requiescant in pace*, son más infortunadas que nosotros mismos, nos estan sometidas, tienen que obedecer, á guisa de esclavos nuestras insinuaciones y nuestros mandatos. Es, además, falso que en el instante de la muerte pasen á vida mejor; la humanidad se engaña cuando les atribuye un descanso quimérico y su voz no por ser universal deja de ser mentirosa.

Porque una de tres cosas: ó las almas de los muertos evocados se manifiestan á los vivientes y se comunican con ellos, en fuerza del imperio que estos ejercen en aquellos, ó porque quieren; ó bien por disposicion de Dios que les da alguna mision sobre la tierra.



¿Lo primero es verdad? Entónces el ¿cómo es que sucede que no siempre que son evocados comparecen? ¿Cómo es que algunas almas jamás han comparecido? ¿Cómo es que cuando por ejemplo se evoca el alma de Judas, se presenta el espíritu de Robespierre? ¿Cómo es que no todos los hombres que viven y que las llaman logran entrar en pláticas, ni oirlas, ni verlas, ni tocarlas; y esto por más observantes que sean del rito, por mayor recogimiento y seriedad que tengan en la práctica de las ceremonias prescritas, que por otra parte no serian necesarias, si la única causa de su descenso es el precepto de la voluntad humana? No es, pues, esta la espuela que la estimula y fuerza á ponerse al servicio de los hombres.

¿Se manifiestan y comunican porque ellos lo quieren? Entónces, ¿por qué han pasado tantos siglos sin abrigar esa disposicion? ¿Por qué han esperado el año de 1852 de la segunda era del mundo, para entrar en comunicaciones, que sin duda, les son gratísimas, supuesto que una vez que sonó la hora han inundado la América del Norte y se han precipitado como langostas sobre casi toda la extension territorial de la Europa? ¿Por qué en tiempos del paganismo, cuando se hacian ofrecer sacrificios y levantar alta-

res, cosa que ciertamente es tentacion á que no puede resistir una voluntad, por modesta y mesurada que se la suponga, repentinamente y sin razon alguna plausible se retiran á sus áereas regiones, dejando de proteger á tantos adictos, y pasando por la cesacion de los sacrificios y el derrumbe sacrílego de sus altares?

Si la mision que traen es divina, si bajan á desempeñarla por mandato expreso de Dios, ¿cómo se explican tantos errores á que los espíritus evocados inducen á las pobres inteligencias humanas; tantos crímenes y pecados á que no pocos de ellos exitan, tantas burlas indignas, tantas chocarrerías, tantos juegos y groseras chanzonetas á que se entregan no pocas veces, como consta de los anales del Espiritismo? ¿Una mision divina se desempeña de esta suerte? ¿No es esto hacer cómplice á Dios, que es la suma bondad y la santidad infinita, de tamañas monstruosidades y de semejantes disparates?

Si, pues, para las comunicaciones espiritistas se ha menester de una voluntad; y esta no puede ser la voluntad de Dios ni de la del hombre, ni de la de sus mismas almas, ¿cuál será ella, supuesta la necesidad de su intervencion.....

Por otra parte, ¿esas almas están gozando ya de la vista de Dios, son felices, porque son y



fueron buenas y perfectas? No hay motivo porque se decidan á interrumpir goces tan puros, por la simple humorada de venir al llamamiento de los evocadores. No se concibe tampoco de qué modo, siendo buenas y perfectas, practican ó son causa de que se practiquen actos malos, que como tales son prueba evidente de imperfeccion.

Tampoco pueden ser aquellas almas benditas que están purificándose de ciertas leves manchas, pero que no por esto, dejan de ser felices con la segura esperanza de que gozarán de la felicidad suprema. El centro de atraccion que no les es dado resistir en Dios, viven de su amor inefable y ciertamente no se alejarán ni podrán alejarse de aquel centro, ni dejar de confortarse por un momento con el vivificante néctar del amor divino, á que aspiran con la más vehemente de las aspiraciones.

Quedan solamente los espíritus réprobos que sufren la pena con que la justicia divina castiga las culpas que cometieron en el tiempo de su peregrinacion. Es fuerza suponer que los tormentos que padecen reciben algun lenitivo y la pena se suspende al descender al mundo de los vivos y ponerse en contacto con ellos; y es fuerza suponerlo, en vista de los actos ridículos á

que frecuentemente se entregan, actos que están muy lejos de la severidad y displicencia, que son los compañeros inseparables del dolor; y tal supuesto es absurdo.

La alternativa es ineludible y cualquiera que sea el extremo porque se opte, no se explican los fenómenos que se quiere. O se supone que son la causa de ellos las almas buenas y felices ó próximas á ser felices, ó las almas malas é infortunadas que sufren todo el rigor de la justicia del cielo que ofendieron; si las primeras, no es posible que intervengan en escenas de que muchas veces tienen que ruborizarse la inocencia y la virtud. Además, es indigno de tan elevados espíritus atribuirles el deseo siquiera de venir á divertirse en hacer saltar una mesa, poner en movimiento una butaca y obligarla á hacer reverencias á los concurrentes á la manifestacion, como si fuera una respetable señora; en bailar un candelabro una zarabanda estrepitosa entre innumerables objetos de cristal, de porcelana, sin romperlos, ni sacarlos fuera de su sitio; en burlarse de los asistentes, acariciarlos, tocarlos ya con manos glaciales cuyo contacto los horripila, ya con manos candentes, como una áscua, que los queman. Más digno, sério y reposado seria, sin duda, el papel que desempe-



ñan el titeritero en un jacalon de la plaza de armas por la temporada de Todos Santos ó el director de las *Marionetas* en el antiguo Chiarini, que el que se quiere hacer representar á almas, que por sus virtudes, fueron dignas de ser felices.

Si se supone que la causa de los fenómenos son las almas malas y reprobadas, gócese los espiritistas en comunicarse con ellas. Nada de envidiable tiene por cierto la felicidad de que hacen alarde, y con la que brindan á todo el mundo; y sí, mucho de terrible y de pavorosa. Pero ni estos infortunados espíritus podían ser los autores de las farsas ridículas de las manifestaciones mágicas. El estado de sufrimiento en que se hallan, supuesta la consideracion de que están recibiendo el castigo de sus culpas, lo hacen inconcebible. La cosa no es para reir, sino para llorar; y se encontrarán de seguro más dispuestos á lamentarse, que á cantar un trozo de una ópera bufa, tocar algunos motivos de Rigoletto ó un aire marcial con su indispensable acompañamiento de redobles de ruidosos atambores. Por otra parte, su carcelero, que le han de tener rígido y severo y de durísimas entrañas, no consentirá en soltarles las cadenas ni darles instantes tan frecuentes de *asueto*, á no

ser con una mira siniestra, que no es remoto abrigo el que se complace en los infortunios y en las desgracias de los hombres á quienes logra cautivar, durante la vida, y llevarse á su reino despues de la muerte.

Sea cual fuere el aspecto bajo que consideremos esta pretendida intervencion de las almas de los finados en las extravagantes escenas del espiritismo, no la encontramos racional, ni digna.